

ASUNTOS HISTÓRICOS

Á LA MUERTE

DE

TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí: junto á la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombrada.

Ánsia de patria y libertad henchia
Sus nobles pechos, que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresores,

Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

Á LA MUERTE

DE

DON JOAQUIN DE PABLO

(CHAPALANGARRA.)

Desde la elevada cumbre
Do el gran Pirene levanta
Término y muro soberbio
Que cerca y defiende á España,
Un jóven proscrito de ella
Tristes lágrimas derrama,
Y acaso tiende la vista
Por ver desde allí su patria,
Desde allí do á su despecho,
Llorando deja las armas
Con que del Sena al Pirene
Se lanzó por libertarla;
Y al ver la turba de esclavos
Que sus hierros afianzan,
De infame triunfo orgullosos,
Alejarse en algazara;
Sólo entóncees, contemplando
El suelo que ellos pisaran,
Y que aún torrentes de sangre
Recien derramada bañan,
En su rápida carrera
Volcando cuerpos y almas;
Se sienta en la alzada cima,

A un lado la rota espada,
Y al rumor de los torrentes
Y del huracán que brama,
Negra cítara pulsando,
Endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro;
Dad al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad:
Y vosotros, ¡oh nobles guerreros,
De la patria sosten y esperanza!
Abrasados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VÍRGENES.

*Danos, noche, tu lóbrego manto,
Nuestras frentes envúte el ciprés;
El robusto cayó: su sepulcro
Del inicuo mancharon los piés.*

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los siervos odiosos
En su lago su sed abrevó.

Cayó en ellas la gloria de España,
Cayó en ellas de Pablo valiente,
Y la patria, inclinada la frente,
Su gemido al del héroe juntó..

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido,
Tardamente y con hondo gemido
Va á la tumba del fuerte varón.

Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,

Miéntras ruge en la fúnebre losa.
Aherrojado á sus piés, el león.

CORO DE MANCEBOS.

*Traición sólo ha vencido al valiente;
Sé nos astro de triunfo y de honor,
Tú, que siempre á los déspotas fuiste
Como á negras tormentas el sol.*

DESPEDIDA

DEL PATRIOTA GRIEGO

DE LA

HIJA DEL APÓSTATA.

Era la noche: en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,
Y otra luz más amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

«Determinado está; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta,
Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,

»¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imágen ¡ay! de las pasadas glorias

Bajo sus alas lóbregas encubra!
»¡Por qué al nacer, crueles, me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura!
»¡Por qué yo fui por mi fatal destino
Unido á ti desde la tierna cuna?
¡Por qué nos hizo iguales en riqueza
Y en linaje también mi desventura!
»¡Por qué mi infancia en inocentes juegos
Frelló contigo, y con delicia mútua
Ambos tegimos el infausto lazo
Que nuestras almas miseras anuda!
»¡Ah! para siempre adios: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Vió ya la ilusión de la esperanza,
Y es en vano amar sin esperanza alguna.
»¡Qué puede el infeliz contra el destino?
¡Qué ruegos moverán, qué desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?
Iníame, sí, que al despotismo jura
»Vil sumision, y en sórdida avaricia
Ve ide su patria á las riquezas turcas,
El apellida sacrosantas leyes
El capricho de un despota; el nos juzga
»De rebeldes do quier: su voz comprada
Culpa su patria y al tirano adula:
Él nos ordena ante el sultan odios o
Humilde miedo y obediencia muda.
»Mas no, que el alma de la Grecia existe;
Santo furor su corazon circunda,
Que ávido se hartará de sangre hirviente,
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.
»No ya el tirano mandará en nosotros:
Tristes rúinas, áridas llanuras,

Cadáveres no más serán su imperio:
Será sólo el señor de nuestras tumbas.
»Ya osan ser libres los armados brazos
Y ya rompen la bárbara coyunda;
Y con júbilo á ti, todos ¡oh muerte!
Y á ti, divina libertad, saludan.
»Gritos de triunfo, sacudido el viento
Hará que al éter resonando suban,
Ó eterna muerte cubrirá á la Grecia
En noche infanda y soledad profunda.
»Ese altivo monarca, que embriagado
Yace en perfumes y lascivia impura,
Despechado sabrá que no hay cadena
Que la mano de un libre no destruya.
»Con rabia oirá de la libertad el grito
Sonar tremendo en la obstinada lucha,
Y con miedo y horror su sed de sangre
Torrentes hartarán de sangre turca.
»Y tu padre también, si ora imprudente
So el poder del Islan su patria insulta,
Pronto verá cuán formidable espada
Blande en la lid la libertad sanuda.
»Marcha y dile por mí que hay mil valien-
Y yo uno de ellos, que animosos juran [tes,
Morir cual héroes, ó romper el cetro
A cuya sombra el pérfido se escuda.
»Que aunque marcados con la vil cadena,
No han sido esclavas nuestras almas nunca,
Que el heredado ardor de nuestros padres,
Las hace hervir aún: que nuestra furia
»Nos labrará, lidiando, en cada golpe
Triunfo seguro ó noble sepultura.
Dile que sólo en baja servidumbre
Puede vivir un alma cual la suya,
»El alma de un apóstata que indigno

Llega sus lábios á la mano impura,
Que de caliente sangre retenida,
Nuevos destrozos á su patria anuncia.
»Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad; tu padre un tiempo

Mi amigo se llamó, y ¡ojala nunca
»Pasado hubieran tan dichosos dias!
¡Yo no llamaré injusta á la fortuna!
¡Cómo entónces mi mano enjugaria
Las lágrimas que viertes de amargura!

»Tu padre ¡oh Dios! como engañoso ami-
Quando la Grecia la servil coyunda [go
Intrépida rompió, cuando mi pecho
Respiraba gozoso el aura pura

»De la alma libertad, pensó el inicuo
Seducirme tal vez con tu hermosura,
Y en premio vil me prometió tu mano
Si ser secuaz de su traicion inmunda,
«Y desolar mi patria le ofrecia.

¡Esclavo yo de la insolente turba
De esclavos del sultan!!! Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra,
»Que goce yo de ignominiosa vida
Ni en el seno feliz de tu dulzura.

¡Ah! para siempre adios: la infausta suerte
Que el lazo rompe que las almas junta,
»Y va á arrancar tu corazon del mio,

Tan sólo ahora una esperanza endulza:
Yo te hallaré donde perpétuas dichas
Las almas de los ángeles disfrutan.

«¡Ah! para siempre adios... tente... un mo-
[mento...

Un beso nada más... es de amargura...
Es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...

¡Ah! los martirios del infierno nunca
»Igualaron mi pena y mi agonía.
¡Terminára la muerte aquí mi angustia,
Y aun muriera feliz! Mis ojos quema
Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas.

»¡Quién resistir podrá!—Basta; la hora
Se acerca ya que mi partida anuncia.
¡Ojalá para siempre que el olvido
Suavizando el rigor de la fortuna,
»La imágen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!»

Dice, y se alejan: á esperar consuelo
La hija del apóstata en la tumba;
Él batallando pereció en las lides,
Y ella víctima fué de su amargura.

¡GUERRA!

¡Ois! es el cañon. Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañon venciendo,
La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacia,
Arrogante en valor, omnipotente,
Terror de la insolente tiranía.

Rumor de voces siento,
Y al aire miro deslumbrar espadas,
Y desplegar banderas:
Y retumban al són las escarpadas
Rocas del Pirineo;
Y retiemblan los muros

De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos de vencer lidiando;
Brilla en los rostros el marcial contento,
Y donde quiera generoso acento
Se alza de PATRIA Y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da.
A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos,
Y al mundo proclamemos:
«España es libre ya.»
Mirad, mirad en sangre
Y lágrimas teñidos
Reir los forajidos,
Gozar en su dolor!
¡Oh! fin tan sólo ponga
Su muerte á la contienda,
Y cada golpe encienda
Aún más nuestro rencor.
¡Oh siempre dulce patria
Al alma generosa!
¡Oh siempre pertentosa
Mágica de libertad!
Tus ínclitos pendones
Que el español tremola,
Un rayo tornasola
Del iris de la paz.
En medio del estruendo
Del bronce pavoroso,
Tu grito prodigioso
Se escucha resonar.
Tu grito, que las almas

Inunda de alegría,
Tu nombre, que á esa impía
Caterva hace temblar
¡Quién hay ¡oh compañeros!
Que al bélico redoble
No sienta el pecho noble
Con júbilo latir?
Mirad centelleantes,
Cual nuncios ya de gloria,
Reflejos de victoria
Las armas despedir.

¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudalosos rios,
Y atónito contemple el Oceano
Sus olas combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas.
Truene el cañon; el cántico de guerra,
Pueblos ya libres, con placer alzá:
Ved, ya descendiendo á la oprimida tierra.
Los hierros á romper, la libertad (1).

A LA PATRIA.

ELEGÍA.

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!

(1) Estos versos se leyeron en una función patriótica, celebrada en el teatro de la Cruz el 22 de Octubre en 1835.

Lágrimas viertes, infeliz, ahora,
Soberana del mundo,
¡Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!

Oscuridad y luto tenebroso
En ti vertió la muerte,
Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;
Cayó el jóven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.

¡Oh, vosotros del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento:
¡Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento!

Yo, desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía,
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron; mas traidora saña
Desbarató su bando.

¡Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida!
¡Dónde fueron tus héroes esforzados,

Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caídos tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura.
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Libano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada.
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre hierba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brio
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto:
¡Quién calmará ¡oh España! tus pesares!
¡Quién secaré tu llanto!

Lóndres, 1829.

SONETO.

Fresca, lózana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda, puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa;
Mas si el ardiente sol, lumbre enojosa,
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.
Asi brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingi tal vez de gloria y alegría;
Mas jay! que el bien trocóse en amargura.
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mia.

Á UNA ESTRELLA.

¡Quién eres tú, lucero misterioso,
Timido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazon latir?
¡Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando enganado como yo, creiste
Eterna tu ventura que pasó?
Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició tu pura juventud,
Y gloria y paz y bienaventuranza

Vertió el mundo tu primera luz.
Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Edén.
Lucíste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.
Y era tu luz voluptuosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,
Inspiraba en el alma un ánsia eterna
De amor perpétuo y de placer sin fin.
Mas jay! que luégo el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Sólo un recuerdo al corazon quedó.
Y ahora melancólico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar:
Si amor aún al corazon inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te vi
Resplandecer en mi frente,
Cuando palpitar senti
Mi corazon dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entónces lucía
Con más brillante fulgor,
Mientras yo me prometia
Que jamás se apagaria
Para mí tu resplandor.

¡Quién aquel brillo radiante
¡Oh lucero! te robó,
Qué oscureció tu semblante,
Y á mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¡O acaso tú siempre asi
Brillaste, y en mi ilusion

Yo aquel esplendor te di,
Que amaba mi corazón,
Lucero, cuando te vi!

Una mujer adoré
Que imaginara yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusión la adorné.

Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente,
Y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y amores,
Se deslizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños
¿Donde fueron?

Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusión
Para nunca más tornar,
Y pasaron,

Y sólo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste
También tu puro fulgor,
Y lloraste;

También como yo sufriste,
Y el crudo arpon del dolor

¡Ay! probaste.
¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura,
Para hallar

Luto y tinieblas en tí,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?

Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caído
Del dolor,

Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplendor.

Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,

¡Ay! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto,
Pues nuestra gloria pasó;
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente:
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡Quién sabe!... tú recobrarás acaso
Otra vez tu pasado resplendor,
A tí tal vez te anunciará tu ocaso
Un Oriente más puro que el del sol.

A mí tan sólo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusión,
Y ornado el porvenir de blancas flores,

Sienta latir de amor su corazon.
Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
No me importa salvarme ó zozobrar.

Á JARIFA EN UNA ORGÍA.

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Vén y púsala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.

Vén y junta con mis lábios
Esos lábios que me irritan,
Donde aún los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¡Qué la virtud, la pureza?
¡Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusion de niño
Que halagó mi juventud.

Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos; aturdida
Sin sentir huya la vida;
Paz me traiga el ataud.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazon.

Huye, mujer; te detesto,
Siento tu mano en la mia,
Y tu mano siento fria,
Y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
O maldito sea el placer.

Vuestros besos son mentira,
Mentira vuestras ternuras,
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay:

Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía,
Fuego fátuo, falso guía
Que errante y ciego me tray.

¡Por qué murió para el placer mi alma,
Y vive aún para el dolor impío?

¡Por qué si yazgo en indolente calma,
Siento en lugar de paz, árido hastío?

¡Por qué este inquieto, abrasador desco?

¡Por qué este sentimiento extraño y vago,
Que yo mismo conozco un devaneo,
Y busco aún su seductor halago?

¡Por qué aún fingirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira?

¡Por qué en pos de fantásticas mujeres
Necio tal vez mi corazon delira,

Si luego, en vez de prados y de flores,
Halla desiertos áridos y abrojos:

Y en sus sándios ó lúbricos amores
Fastidio sólo encontrará y nojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
En alas de mi ardiente fantasía:

Do quier mi arrebatada mente inquieta
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
Fuera del mundo en la region etérea,
Y hallé la duda, y el radiante cielo
Vi convertirse en ilusion aérea.

Luégo en la tierra la virtud, la gloria,
Busqué con ánsia y delirante amor,
Y hediondo polvo y deleznable escoria
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusion desvanecida,
Y eterno é insaciable mi deseo:
Palpé la realidad y odié la vida;
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso;
Y áun deleites el alma finge y quiere:
Pregunto, y un acento pavoroso

«¡Ay! me responde: desespera y muere.
»Muere, infeliz: la vida es un tormento,
Un engaño el placer: no hay en la tierra
Paz para tí, ni dicha, ni contento,
Sino eterna ambicion y eterna guerra.

»Que así castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada,
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
Ver más, ni saber ya nada:
Harta mi alma y postrada,
Sólo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad:
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusion;
Pasad como visiones vaporosas
Sin commover ni herir mi corazon.

Y aturdan mi revuelta fantasia
Los brindis y el estruendo del festin,
Y huya la noche y me sorprenda el dia
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
Mas ¡ay triste! que no ignoras
Cuán amarga es mi afliccion.

Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contienen.....
Tú tambien, como yo, tienes
Desgarrado el corazon.